

INTERNALISMO ÉTICO EN EL DEPORTE: EL PENSAMIENTO DE ROBERT LOUIS SIMON

Raúl Francisco Sebastián Solanes

Becario de Investigación FPU. Dpto. de Filosofía del Derecho, Moral y Política.
Universidad de Valencia

Fechas de recepción y aceptación: 20 de junio de 2012, 16 de julio de 2012

Correspondencia: Facultad de Filosofía y CC. EE. Universidad de Valencia. Avda. Blasco Ibáñez,
30. 46010 Valencia. España.

E-mail: Raul.Sebastian@uv.es

Resumen: El presente artículo expone la propuesta de ética de la competición deportiva que elabora el pensador estadounidense Robert Louis Simon. En primer lugar introduzco la crítica que realiza Simon al reduccionismo moral en el deporte, especialmente el marxista. A continuación expongo los principales rasgos de su propuesta ética, concluyendo con la necesidad de dar un paso más y abogar por una fundamentación filosófica; uniendo el principio procedimental y la responsabilidad, defendiendo, en definitiva, una ética del deporte que deberá tener en cuenta tanto el conocimiento de los fines como el de los medios y que tenga la vida, cada vida, como el valor inherente de la práctica del deporte.

Palabras clave: Ética del deporte, internalismo, ética de la competición, Robert Louis Simon.

Abstract: This paper presents the proposal of ethics of sporting competition prepared by the American philosopher Robert Louis Simon. First I introduce Simon's critique of reductionism moral in sport, especially the Marxist. Second I expose the main features of his ethic position, concluding with the need to go a step further arguing for a philosophical foundation, linking the procedimental principle and responsibility. In short, I defend an ethics of sport that should take into account both the knowledge



of ends and the means and understand life, everyone's life, as the inherent value of the practice of sport.

Keywords: Sport ethics, Internalism, competition ethics, Robert Louis Simon.

INTRODUCCIÓN

Solemos entender que el deporte es una acción social que se desarrolla en forma lúdica como competición entre dos o más contrincantes y cuyo resultado viene determinado por la habilidad, la estrategia o la táctica. Pero, en este sentido, debemos entender la lucha competitiva contra los otros como un movimiento hermoso ante un público de espectadores, como algo con un claro “valor ontológico” que se convierte en espectáculo¹. Es así como la va a entender Robert L. Simon, desde la filosofía del deporte, elaborando para este efecto una “Ética de la competición deportiva”.

La conocida como “Filosofía del deporte” entra en escena alrededor de los años setenta, como una subdisciplina de la filosofía formal o mejor dicho académica. Aunque un acontecimiento a tener en cuenta, pues marcará la trayectoria de la filosofía del deporte hacia la posterior Ética del deporte, entendida como una disciplina académica, ocurre en la década de los setenta en EE. UU., cuando la American Philosophical Association de Boston funda, el 28 de diciembre de 1972, la Philosophic Society for the Study of Sport (PSSS), que a partir de 1999 pasa a llamarse definitivamente International Association for Philosophy of Sport².

Será ya en los años noventa cuando surja un variado grupo de escritores eclécticos que, inspirados por lo escrito en la obra de Alasdair MacIntyre *After Virtue*, aparecida en 1981, se alejan de una visión analítica, a-histórica y a-social de entender el estudio del deporte, pero también se alejan del tratamiento deontológico de la Ética del deporte, sobre todo de aquellos planteamientos de construcciones de teorías del juego limpio, y se inclinan hacia una teoría de la virtud y hacia la visión de una ética del deporte entendida desde el ámbito de las virtudes y de una práctica virtuosa³.

La recuperación de la ética de la virtud tuvo una importancia capital en el panorama actual de la filosofía, cobrando cierto relieve en la filosofía anglo-americana de los años cincuenta del pasado siglo XX. Principalmente gracias a Elizabeth Anscombe, quién

¹ G. Lüschen y K. G. Weis, *Sociología del deporte*, Miñón, Valladolid, 1979, pp. 9-10.

² Cuyos últimos presidentes han sido Mike McNamee que a su vez es miembro ejecutivo de la *Philosophy of Education Society of Great Britain*. Y uno de los máximos exponentes sobre el estudio de la ética del deporte a día de hoy. En los últimos años han sido presidentes, Cesar. R. Torres, Carwin Jones y Jesús Illundain-Agurruza.

³ Sobre todo siguiendo la concepción que defiende MacIntyre de virtud y práctica.



publica en 1958 un artículo titulado *Modern moral Philosophy* donde puede apreciarse la insatisfacción de Anscombe hacia el deontologismo y el utilitarismo vigente en la filosofía moral de la época⁴.

Es en este contexto donde debemos situar la figura de Robert L. Simon, considerándolo uno de los principales representantes del Internalismo en Ética del Deporte, profesor en el Hamilton College y en la University of Pennsylvania. Simon publicó en 1991 un famoso libro, *Fair Play: Sport, Values & Society*, posteriormente retocado y que apareció en 2004 bajo el título *Fair Play: The Ethics of Sport*. En este texto Simon viene a defender que en cualquier tipo de deportes debe haber una serie de valores internos que no han de ser un reflejo de los valores imperantes en la sociedad. Frente a los que argumentan que en los deportes se reflejan los valores dominantes de la cultura de una sociedad, como pueden ser el egoísmo, la insana competencia, el mercantilizarlo todo. Simon argumenta que por encima de los valores culturales imperantes en estas sociedades, en el deporte hay una serie de valores morales internos que se deberían dar con independencia de los valores imperantes en una sociedad⁵.

El amplio espectro de problemas que Simon quiere abordar desde su propuesta ética va desde la comercialización del deporte, el uso de drogas, el aumento de comportamientos violentos en los certámenes deportivos hasta el polémico uso de faltas estratégicas en el deporte. A todo ello hay que añadir la crítica que Simon dirige a los partidarios de un reduccionismo moral en deporte considerando que los valores imperantes en los deportes son los valores que imperan en una sociedad. Simon defenderá que los valores morales internos en la práctica deportiva, que nos permiten alcanzar la excelencia moral en la práctica, son independientes de los valores imperantes a la sociedad y por tanto debe rechazarse toda posibilidad de reduccionismo o, por utilizar la expresión que utiliza el sociólogo Pierpaolo Donati, de *sociologismo*⁶.

Aunque cabe aclarar que de las diversas modalidades deportivas, Simon se va a centrar en el deporte de alta competición y el deporte universitario estadounidense, especialmente referido al baloncesto, al fútbol y al golf.

Conviene aportar algunos datos biográficos que nos permitan conocer a nuestro autor, pues considero que la trayectoria vital marca en buena medida la obra escrita. Contrariamente a lo que decía Heidegger, para quien los conceptos de “vida” o “biografía” tienen escasa relevancia en su obra, sosteniendo la independencia entre ambos planos, llegándose a contar incluso la anécdota de que, en cierta ocasión, al preguntarle por la

⁴ G. E. M. Anscombe, “Modern Moral Philosophy”, *Philosophy* 33, 1958, pp. 1-19.

⁵ P. McIntosh, *Fair Play: Ethics in Sport and Education*, Heineman, London, 1979, p. 189.

⁶ P. Donati, *Introduzione alla sociologia relazionale*, Franco Angeli, Milano, 2003, p. 59



vida de Aristóteles y la influencia en su pensamiento, respondió⁷: “Todo lo que tengo que decir sobre el particular es que Aristóteles nació, vivió y murió”.

Robert. L. Simon es profesor de Filosofía en el Hamilton College, su especialidad es la ética y los valores sociales. Ha sido presidente de la Philosophic Society for the Study of Sport y actualmente lo es de la Internacional Association for the Philosophy of Sport, además de miembro del consejo de redacción del *Journal of the Philosophy of Sport*, en la que ha publicado un amplio número de artículos a muchos de cuales me referiré a continuación. Entre sus principales libros publicados en materia de Ética del deporte, y donde más puede apreciarse su propuesta de una “ética de la competición”, cabe destacar *Fair play: Sport, Values and Society*⁸, que ve la luz en 1991 pero también *Fair Play: The Ethics of Sport*⁹, publicado en 2002 y que ya va por la segunda reedición¹⁰.

1. SIMON FRENTE A LA VISIÓN REDUCCIONISTA DEL DEPORTE

Aunque debemos considerara a Simon como filósofo moral, lo cierto es que en él puede apreciarse una cierta inclinación e influencia inicial hacia el saber sociológico. Especialmente podemos apreciarla en sus primeras obras y que puede explicarse con relación a su especialización en valores sociales, tal y como muestra su condición docente en el *Hamilton College* en EE. UU. Es cierto que la preocupación por los valores sociales o por el reduccionismo social (*sociologismo*) en deporte, del que Simon quiere distanciarse, sigue estando represente en su propuesta de ética de la competición.

En efecto, la propuesta ética de Simon se sitúa por encima de lo que él mismo denomina *reduccionismo social*, según el cual los valores morales que se aprecian en la práctica del deporte se reducen a los valores dominantes en una sociedad¹¹. En consecuencia, si nos encontramos en una sociedad donde la lealtad al grupo se considera más importante que el hecho de ganar en una competición deportiva entonces habrá menos énfasis en la importancia de ganar y más en el trabajo en equipo. Por el contrario, si estamos en una sociedad cuya principal característica es la competitividad y en donde se valora más alcanzar el mayor rendimiento y el triunfo personal en la competición que la lealtad al

⁷ M. E. Vázquez, “En compañía del pensador”, *Διαμύων. Revista Internacional de Filosofía* 53, 2011, pp. 171-176.

⁸ R. L. Simon, *Fair Play: Sport, Values and Society*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1991.

⁹ R. L. Simon, *Fair Play: The Ethics of Sport*, Westview Press, Boulder, Colorado, 2004.

¹⁰ En mi exposición citaré esta segunda edición.

¹¹ R. L. Simon, “Internalism and Internal Values in Sport”, *Journal of Philosophy of Sport* 27 (1999), pp. 1-16.



grupo, entonces el deporte expresará estos mismos valores competitivos y de obtención del mayor rendimiento personal y económico¹².

Dentro de esta posición reduccionista encontramos algunas formas de marxismo, que Simon no cita de manera explícita pero que ejemplifican perfectamente el *reduccionismo social* en el deporte. Por esta razón voy a utilizar la postura de Jean Marie Brohm como caracterización de esta perspectiva reduccionista del deporte.

Desde la perspectiva marxista se entiende que el deporte está al servicio de los intereses de la sociedad capitalista y que muestra los mismos ideales de esta¹³. Es cierto que con la aparición de la sociedad industrial surge una nueva forma de entender los deportes en las sociedades industrializadas y surgen nuevas características de la práctica deportiva como son la racionalización del deporte, la burocratización, o la cuantificación, etc. Estos factores pueden conducirnos a importantes problemas no sólo sociológicos, sino éticos y ha tenido como consecuencia que muchos filósofos y sociólogos marxistas le dediquen especial atención, convirtiendo al deporte moderno en el blanco de sus críticas, como muestra el caso de T. Adorno o el del propio Brohm.

Es en la Edad Moderna cuando se inaugura una verdadera ciencia del rendimiento físico. En este punto encontramos las interpretaciones críticas del deporte moderno de origen marxista y neo-marxista como por ejemplo la Escuela de Fráncfort que acusa al deporte de adiestrar en el modo de comportamiento represivo propio de la sociedad capitalista. Adorno denuncia que las instituciones deportivas se basan en un criterio orientado al mercado¹⁴. Por ello, el deporte moderno tendencialmente modela el cuerpo a imagen de la máquina apareciendo el reino de la “no libertad” y del “yo organizado”.

El análisis de Brohm entorno al deporte, se refiere exclusivamente al deporte entendido como institución de la competición física reglamentada¹⁵. Mientras que entiende la sociología teórica del deporte como una sociología del modelo deportivo, de su estructura y su sistema¹⁶.

¹² R. L. Simon, *Fair Play: The Ethics of Sport*, Westview Press, Boulder, Colorado, 2004, p. 199.

¹³ La perspectiva marxista es una de las seis perspectivas incluidas en el estudio sociológico del deporte, junto con las perspectivas funcionalista, figurativa, estructuralista, interaccionista-simbólica y la feminista. La perspectiva marxista se caracteriza por ofrecer una visión conflictiva que contempla la acción social como el resultado de una interacción constante de intereses, pues se entiende que el interés es el elemento básico de la conducta social del hombre. Referido al deporte se entiende que este es un producto genuino de la revolución industrial y del nuevo orden social de la burguesía. Algunos de los principales representantes de esta perspectiva son Bero Rigauer, Partisans y Jean Marie Brohm entre otros. M. García Ferrando, *Sociología del deporte*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, pp. 24 y ss.

¹⁴ T. Adorno, *Consignas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1969; T. Adorno, *Prismas*, Ariel, Barcelona, 1962.

¹⁵ J. M. Brohm, *Sociología política del deporte*, F.C.E., México, 1982, p. 15.

¹⁶ *Ibid.*, p. 23.



Brohm asume el análisis estructural de Claude Levy-Strauss, según el cual las relaciones sociales son la materia prima empleada para la construcción de aquellos modelos que ponen de manifiesto la estructura social en sí misma. En el sistema existe un principio de equilibrio y de transformación estructural que constituye en cierta manera el centro de gravedad del conjunto. Aplicado al “sistema deportivo”, dice Brohm, el centro estará en el “principio de rendimiento” y se encarnará en el nuevo fetiche: el “récord deportivo”¹⁷.

El deporte se convierte en el universo del valor accesible, de la posibilidad de hacerse conocer socialmente y de incrementar tu poder adquisitivo, donde a más triunfos te conviertes en más rentable. Así el deporte se convierte, a decir de Brohm, en la consagración objetiva del valor sobre la base de la competición, donde: “es el más fuerte el que gana”.

En efecto, en términos sociológicos podemos entender la noción de récord como una “abstracción real”, una abstracción que se encarna en prácticas y aparatos materiales. Sin embargo, para Brohm, “el récord es el fetiche tipo del deporte y el deporte es el fetichismo generalizado del récord”, parafraseando a Marx, el récord viene a ocupar el lugar del fetiche monetario que para el autor de *El Capital* es el dinero, como productor de intereses, como “peral para las peras”.

Para Brohm la noción de récord es una noción central en el deporte, simbolizando el prestigio de la objetividad, de la medida, de la precisión cuantitativa. El récord representa para Brohm el lenguaje universal del deporte moderno, convirtiendo al deporte en la actividad típica del cuerpo dentro de una sociedad regida por el rendimiento. El récord se convierte en el símbolo de la objetividad perfecta, aquella que una vez admitida no puede ser ya discutida y no requiere de traducción.

En su obra *Le mythe olympique*¹⁸, Brohm trata de mostrar el carácter marcadamente ideológico de los valores deportivos que han sido mundialmente difundidos por el movimiento olímpico. Por esta razón añade en *Sociología política del deporte*¹⁹, que el deporte es inseparable de la “política de coexistencia pacífica” y se convierte en el mejor embajador de la paz tan necesaria para que no se vengán abajo los intereses capitalistas del libre mercado, entre otros muchos.

Brohm concibe el deporte como un “aparato acorazado de coerción” cuya finalidad es la de garantizar el poder de la clase dominante, mientras que la clase dominada se mantiene en una situación de letargo en la que se siente satisfecha gracias en buena parte por lo que le ofrece el deporte, ignorando la situación de dominio o sometimiento en la que se encuentra²⁰.

¹⁷ *Ibíd.*, 24.

¹⁸ J. M. Brohm, *Le mythe olympique*, Paris, C. Bourgeois, 1981, p. 97.

¹⁹ J. M. Brohm, *Sociología política del deporte...* p. 189.

²⁰ *Ibíd.*, 94.



De manera análoga las capacidades deportivas devienen en cosas y el deportista que las posee, las hace valer en el mercado deportivo. Por esta razón, muchos deportistas profesionales protegen las partes de sus cuerpos como si fuera capitales bancarios y renuncian a otras actividades que, aunque sean de su agrado, pueden resultar dañinas y poner en peligro alguna parte de su cuerpo, que constituye su principal fuente de ingresos.

El deporte moderno, se ha convertido en la búsqueda del mayor el rendimiento de los deportistas al menor costo posible, lo que tiene como consecuencia más inmediata que el deporte pase a buscar la tecnificación del cuerpo humano, pasando de considerar al deportista no como una persona, es decir, como un “yo personalizado”, sino como un elemento más de la cadena de producción y que gracias a los avances tecnológicos puede aumentar fuerza de producción de marcas y rendimiento, aumentando sus beneficios económicos²¹.

En el deporte moderno, el sujeto deportivo aparece como la expresión suprema de la dominación del tiempo. A diferencia de lo que ocurría en la Antigüedad clásica griega, donde la falta de aparatos y tecnologías para medir el tiempo impedía cronometrar con exactitud.

Con el “récord deportivo” se expresa un mayor interés por la velocidad y el acortamiento de las distancias, lo que viene a expresar la obsesión del aparato económico capitalista por medirlo todo, por acortar las distancias y sacar el mayor rendimiento de todo al menor tiempo y menor coste posible²². Por esta razón, el récord deportivo gira en torno al deporte espectáculo que hace que la práctica deportiva se asocie inevitablemente a la ganancia lucrativa²³.

Simon se aleja desde el principio de una visión reduccionista del deporte, como la sostenida por Brohm, pues comprende que la práctica deportiva no tiene por qué mostrar los valores imperantes en la sociedad en la que se desarrolla, ya que la misma práctica deportiva tiene sus propios valores morales independientes de aquellos que imperan en la sociedad²⁴. Pero además, siguiendo de nuevo los pasos de MacIntyre, Simon sostiene que los partidarios del reduccionismo ético en el deporte pretenden convertir sus presupuestos teóricos en una verdad objetiva que se aplique a todos los tiempos y lugares olvidando que toda práctica, como en nuestro caso la deportiva, tiene unos valores internos propios, junto a una dimensión histórica en donde no solo se entra en relación

²¹ *Ibíd.*, 109

²² *Ibíd.*, 140.

²³ *Ibíd.*, 158.

²⁴ R. L. Simon, *Fair Play: The Ethics of Sport...* p. 200.



con los participantes contemporáneos a dicha práctica, sino con todos aquellos que nos han precedido²⁵.

El reduccionismo no puede sostener de manera dogmática que los valores que se expresan en la práctica deportiva son los valores imperantes en la sociedad ya que muy a menudo nos encontramos con que los valores que se reflejan en muchos de los participantes en competiciones o certámenes deportivos, van en contra de los valores imperantes en la sociedad²⁶.

2. SIMON: ÉTICA DEL DEPORTE COMO “ÉTICA DE LA COMPETICIÓN”

Cualquier deporte profesional implica un lado competitivo del que no es posible desvincularse y que se debe tener en cuenta desde cualquier propuesta seria de Ética del deporte. Pero tenemos que ver cómo debe entenderse el lado competitivo del deporte, para lo que la propuesta de Simon resulte del todo pertinente.

Por regla general se entiende que la *competición leal* es la que se realiza basándose en lo establecido por las reglas constitutivas del deporte, como podemos apreciar en la posición formalista de ética defendida por Warren P. Fraleigh. Entendiendo además que cualquier persona que cometa una trampa ya no compite en condiciones leales y no puede aspirar a proclamarse ganador de esta.

Simon propone una pertinente y necesaria valoración moral de la función competitiva del deporte, dividiendo en dos los argumentos que se dan sobre la moralidad de la competición deportiva que son, primero, los que plantean la competición deportiva basándose en las consecuencias –buenas o malas– que pueda tener en la práctica, tanto referidas a los competidores, como a la sociedad en general; segundo, los que dan más importancia al carácter y valor intrínseco de la competición, sin preocuparse de las posibles consecuencias. En este último grupo es donde debe situarse la propuesta de ética de la competición llevada a cabo por Simon.

En efecto, Simon considera que, aunque de entrada analizar las consecuencias (buenas o malas) de nuestra práctica en la competición deportiva pueda parecer una buena estrategia, lo cierto es que su aplicación plantea más dificultades de lo que pueda parecer a simple vista. Por consiguiente, el hecho de que una práctica deportiva pueda

²⁵ A. MacIntyre, *After Virtue*, University of Notre Dame Press, Indiana, 1981, pp. 180-181.

²⁶ Recordemos el caso del regatista que en los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988 estando a punto de ganar la medalla de oro, prefirió salvar la vida de un compañero en apuros a alcanzar el “oro olímpico”, como nos recuerdan Butcher y Schneider. R. Butcher y A. Schneider, “Fair play as respect for the game”, *Journal of the Philosophy of Sport* 25, 2002, p. 44.



tener malas consecuencias no podemos concluir que el lado competitivo en el deporte sea éticamente inaceptable.

Con todo, creo que Simon no se está dando cuenta de que además de las consecuencias malas también puede haber buenas consecuencias que ayuden a orientar mejor nuestra acción en el deporte y que permitan hacer frente a nuestras responsabilidades como participantes.

Me explico, uno de los principales logros de la ética del discurso defendida por Apel²⁷ es concebirla como una ética de la responsabilidad, lo que supone la transformación pos-metafísica de la ética kantiana. A diferencia del deontologismo que puede apreciarse en la propuesta de la ética kantiana, donde no se tenía en cuentas las posibles consecuencias de la aplicación del deber. En la Ética del discurso se debe asumir la responsabilidad solidaria por las consecuencias y subconsecuencias, a escala mundial, de las acciones de los hombres. Este aspecto se debe tener muy en cuenta en el deporte donde, como dice Cortina²⁸, los problemas de aplicación no son meramente problemas de estrategia –como si ocurre en economía y política, en las que la estrategia es imprescindible– pues en el deporte se trata de orientación de la acción. Por esta razón, el tener en cuenta las consecuencias –buenas o malas– de nuestras acciones pueden ayudarnos a orientar nuestra acción dentro del ámbito de la competición deportiva. Con lo que, de entrada, la posición de Simon resulta revisable en este aspecto. Además recuerdo a este respecto, que el procedimentalismo ético, que forma parte de la propuesta de ética del discurso y que contribuye a crear un marco de dialogicidad, pese a que su principal pretensión es la de universalidad, por lo que trasciende la praxis concreta y el contexto concreto. Lo cierto es que dicho procedimentalismo posibilita el que los procedimientos se lean en la praxis concreta, ayudándonos a orientar correctamente nuestra acción en los contextos concretos en los que se desarrolla²⁹.

La tesis más importante que sostiene Simon, es no plantear la competición deportiva como juegos de suma cero donde uno gana a costa de que el otro pierda. Esto implica de entrada el replanteamiento de la naturaleza de la competición deportiva desde el Internalismo ético, erradicando la idea de que ganar es lo único importante en deporte. Se trata de que todas las partes afectadas en la competición deportiva salgan beneficiadas, impidiendo a toda costa la tradicional división entre ganador y perdedor.

El tradicional planteamiento de la competición deportiva como juego de suma cero, donde uno gana a costa de la derrota de su adversario, mostrando un comportamiento

²⁷ K. O. Apel, *Teoría de la verdad y ética del discurso*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 147 y ss.

²⁸ A. Cortina, *Justicia cordial*, Trotta, Madrid, 2010, p. 45.

²⁹ A. Cortina, *Ética sin moral*, Tecnos, Madrid, 2000, p. 79.



egoísta que lleve a cada participante a buscar el beneficio propio a expensas de los demás. Esto es desestimado por el propio Simon que lo tacha de inmoral.

Ya Homero en la *Iliada* había tenido el acierto de cantar tanto la victoria de Aquiles como la derrota de Héctor, sin que ninguno de ellos saliera mal parado o se considerara inferior en su calidad de vencedor o derrotado. De hecho, ambos están inscritos en la eternidad haciendo factible los versos de Píndaro que decían: “la virtud perdura en gloriosos cantos”; el problema está en que, como inmediatamente señala el poeta, “a pocos es fácil obtenerlos”³⁰. Simon se convierte en un nuevo Homero, que desde su propuesta de ética de la competición quiere erradicar la nefasta e inmoral distinción entre ganadores y perdedores, igualándolos siempre y cuando hayan competido buscado recíprocamente la excelencia, respetando las reglas del deporte y en condiciones de igualdad de habilidades físicas o mentales.

Desde su propuesta se considera como moralmente inaceptable enseñar a los participantes en el deporte que lo más importante es ganar a toda costa y utilizar cualquier medio, incluidos los ilícitos, para ganar u organizar los encuentros de forma que se enfrenten dos equipos desiguales, donde uno de ambos tiene más oportunidades y medios para ganar al otro. Esto se opone de entrada a una de las características del deporte moderno que es la igualdad y que, por desgracia, se ve eclipsada por las otras características de este como son la cuantificación, la burocratización y la racionalización, entre otras.

Pero tampoco debemos entender la competición deportiva como una forma de autodesarrollo, tal y como quieren hacernos ver los principales detractores de la propuesta de Simon. Dichos detractores sostienen que, en el fondo, la Ética de la competición no aporta una solución ecuánime de los problemas que surgen en el ámbito de la competición, sino que se entiende como una especie de rodeo que evita afrontar el problema de fondo, evadiéndolos y cambiándolos por la idea de que la competición nos ayuda al autodesarrollo de la excelencia, del carácter de cada competidor³¹. Simon no niega que el deporte pueda ayudarnos al autodesarrollo personal, de hecho recuerda al respecto la posición de Harry Edward para quien los deportes no tienen como principal objetivo la construcción del carácter de los que participan, aunque pueden contribuir al desarrollo de los trazos preexistentes del carácter de los participantes. Con todo, a Simon le parece muy difícil de establecer si la participación en el deporte de competición favorece

³⁰ Pítica III, v. 110.

³¹ Viktor E. Frankl, desde su propuesta de logoterapia, entiende que el deporte nos ayuda a evitar que se convierta en una práctica cuyo principal objetivo es el de derrotar a mis oponentes y proclamarme campeón del encuentro. Frankl propone entender nuestra participación en el deporte como una competición con uno mismo, en donde vemos hasta dónde podemos llegar con nuestra práctica en el deporte. Este tipo de propuestas no deben confundirse con la que hace Simon. V.E. Frankl, “Deporte: ascetismo de hoy día”, en Id, *Psicoterapia y Humanismo: ¿Tiene un sentido la vida?*, FCE, Madrid, 1982, pp. 103-112.



o no el desarrollo del carácter y de los elementos deseables de este, por lo que niega las acusaciones de sus detractores que confunden su ética de la competición con la defensa encubierta de un ideal no competitivo de autodesarrollo en el deporte.

Simon adopta una doble defensa frente a los críticos de su propuesta de ética de la competición, que sostienen que, en el fondo, dicha propuesta no se enfrenta de cara a los problemas que ofrece la competición en el deporte, sino que los evade concibiendo dicha competición como una forma encubierta de autodesarrollo personal y contra los que conciben la competición como un juego de suma cero, donde una parte se beneficia a costa de la pérdida de la otra.

En primer lugar, Simon entiende que la competición deportiva no debe entenderse como un planteamiento que nos conduce a una actitud egoísta, como la que puede aflorar si planteamos la competición como un “juego de suma cero”, donde el afán por ganar derrotando a nuestro oponente nos lleva a buscar nuestro propio beneficio sin importarnos el beneficio mutuo que favorece a las dos partes implicadas. La propuesta de ética de la competición de Simon supera los problemas de este “espíritu de egoísmo” y entiende que gane quien gane en deporte, ambas partes salen beneficiadas mutuamente, si han participado bien, mostrando lo mejor de sí. Esto les permitirá encajar bien los retos que les surjan en un futuro, fomentando la búsqueda recíproca de la excelencia moral en deporte. En segundo lugar, la propuesta de Simon permite ver al oponente no como un rival al que hay que superar a como dé lugar, con tal de proclamarse vencedor del encuentro. Para Simon, debemos ver a nuestro oponente como alguien del que puedo aprender y que puede ayudarnos a crecer en la excelencia, mejorando los posibles defectos que podemos tener en la competición y cooperando con él en la búsqueda de la excelencia para que ambas partes salgan beneficiadas del encuentro y motivadas en seguir cooperando en excelencia.

Luego, la competición deportiva distingue entre el esfuerzo que se realiza para la mejora personal de nuestras habilidades físicas y mentales, donde nuestro oponente puede contribuir a dicha mejora, con el esfuerzo cooperativo que realizamos para cumplir un reto con nuestro rival. Esto no tiene por qué convertir su propuesta ética como una forma de evasión o defensa encubierta del ideal no competitivo de autodesarrollo en el deporte, como quieren hacernos ver los principales críticos de Simon. De este modo, piensa Simon, se evitan los problemas que acarrea el exceso de competitividad en deporte, pues la visión de Simon es la de una competición cooperativa en la búsqueda recíproca de la excelencia, donde todos los participantes consideran que es más importante la cooperación que competir para proclamarse vencedores.

Visto lo anterior, podemos comprobar que la propuesta de Simon implica una nueva concepción de la competición deportiva, que se aleja del modelo tradicional y apuesta por el trabajo cooperativo de todos los participantes en el deporte, que suele tener más



éxito como parte integrante y necesaria para que la competición pueda considerarse ética, pues no solo deja satisfechos a todos los participantes en la competición con independencia de que se hayan proclamado vencedores o perdedores, sino que les motiva a seguir trabajando de esta forma en futuros encuentros.

La buena competición deportiva presupone un esfuerzo cooperativo por parte de todos los participantes que convierte la competición en una nueva forma de desafío, donde cada uno saca lo mejor en cuestión de habilidades físicas y mentales. Se trata de una especie de contrato en donde las partes implicadas están de acuerdo en competir según el respeto a las reglas constitutivas y de manera equitativa, siempre y cuando este presupuesto sea aceptado voluntariamente como parte de la búsqueda mutua de la excelencia.

Pienso que en este punto podemos apreciar la influencia que ejerce el pensamiento de MacIntyre en el propio Simon al valorar la importancia del trabajo cooperativo como clave para garantizar una competición deportiva éticamente aceptable, o una propuesta sería de ética de la competición. Recuerdo que la noción de práctica defendida por el propio MacIntyre, hablaba de práctica como una forma coherente y compleja de actividad humana cooperativa, socialmente establecida, mediante la cual se realizan los bienes inherentes a dicha práctica, logrando así los modelos de excelencia³². Además MacIntyre sostiene que para ser un razonador práctico independiente –donde independencia se entiende como dependencia con los demás miembros de tu comunidad– es imprescindible saber cooperar con todos los miembros, pues dicha cooperación permite el logro de los bienes comunes³³. Sostengo, por tanto, que los presupuestos de MacIntyre pueden apreciarse en la propuesta de ética de la competición elaborada por Simon, demostrando la influencia del autor de *After virtue* en Simon, aunque él no cita esta fuente directamente, práctica bastante usual en algunos filósofos estadounidenses y que dificulta de entrada la investigación de sus propuestas teóricas.

En efecto, Simon sostiene que la competición deportiva no puede plantearse en términos de “juego de suma cero”, que acabe convirtiéndola en una guerra de todos contra todos, sin ningún tipo de restricciones, pues debe entenderse como un comportamiento cooperativo por parte de todos los participantes para buscar los valores internos a la práctica, persiguiendo unos modelos de excelencia que terminan beneficiando a todos y no solo a una parte (sea equipo o persona individual). El problema, de entrada, es identificar la competición deportiva como un trabajo que siempre se realiza en contra de otro, de nuestro rival, al que en ocasiones vemos como un obstáculo al que tenemos que superar, pues se interpone entre yo y la victoria del encuentro deportivo. Este tipo

³² A. MacIntyre, *After Virtue...*, p. 175.

³³ A. MacIntyre, *Animales racionales y dependientes*, Paidós-Básica, Barcelona, 2001, pp. 92 y ss.



de actitud es lo que se podría denominar “espíritu de egoísmo”, utilizando las palabras de Michael Fielding.

La competición no solo se concibe como una práctica cooperativa que ayuda a la búsqueda recíproca de la excelencia moral y que rompe con el modelo tradicional de competición como “juego de suma cero”, lo que conduce a generar en cada participante una actitud egoísta. Desde la propuesta de Simon la competición deberá desarrollarse dentro del contexto de las reglas constitutivas, aunque no son estas las que definan la naturaleza del deporte, como ocurría en la propuesta de Formalismo ético de Fraleigh. Punto en donde, de nuevo, el pensamiento de Simon coincide con MacIntyre, quien sostenía que toda práctica, además de perseguir los bienes internos y los modelos de excelencia, debe observar la obediencia a reglas, sin que sean estas reglas las que definan la naturaleza de la práctica, pues se debe aceptar la cortedad de la acción de los participantes³⁴.

Ciertamente, Simon entiende que la competición deportiva tiene que darse dentro de un contexto de reglas, que es vinculante para todos los participante, pero no es lo que en última instancia define la naturaleza de la competición, pues lo que más importa son los bienes internos a la práctica junto con los modelos de excelencia que no podrían lograrse sin las reglas constitutivas. Desechando eso sí la posibilidad de aspirar a la victoria recurriendo a la violación de dichas reglas³⁵.

Con todo, que la competición deportiva transcurra dentro de un contexto de reglas constitutivas no es suficiente, pues existe lo que Simon denomina “obligaciones de equidad competitiva”, que ayudan a disminuir el comportamiento egoísta de los participantes para garantizar que la competición está dentro de los límites de la ética.

La Ética de la competición también tiene como presupuesto la “equidad competitiva” entre los participantes, especialmente entre los equipos rivales que se enfrentan para obtener la victoria. El éxito resulta poco ético si se obtiene contra oponentes inferiores o en condiciones poco equitativas, dando apoyo extra a una parte más que a otra³⁶.

Los deportes competitivos generan desigualdades como puede ocurrir en el ámbito universitario cuando un profesor tiene la obligación de poner una buena nota a un buen examen y una mala nota a un mal examen. Simon toma prestada la distinción hecha por Ronald Dworkin entre “derecho a la igualdad de trato”, que es el derecho de una distribución equitativa de alguna oportunidad, y el “derecho a un trato de igual a igual”, que

³⁴ A. MacIntyre, *After Virtue...*, p. 177.

³⁵ R. L. Simon, *Fair play: The Ethics in Sport...*, p. 21.

³⁶ Como ejemplo destaco a John Thompson, un conocido entrenador deportivo estadounidense que fue el responsable de promover una serie de partidos entre rivales fuertes con rivales mucho más inferiores en habilidades físicas durante la temporada de 1989.



se refiere al derecho de un trato con el mismo respeto y preocupación con cualquiera. La igualdad de trato no requiere la distribución idéntica de un bien, por ello el propio Dworkin sugiere que el derecho a un trato de igual a igual es éticamente más fundamental que el derecho de igualdad de trato³⁷.

Aplicado a la competición deportiva, podemos encontrarnos con que puede darse un trato desigual entre los mejores jugadores y los peores, haciendo la tradicional distinción entre ganadores y perdedores. Este ha sido uno de los principales problemas que han afectado al deporte y que en ocasión terminan convirtiendo la competición en un “juego de suma cero”, dejando aflorar el “espíritu de egoísmo” de los participantes implicados en la competición deportiva. Olvidando que el trato por igual a las personas es mucho más importante que el proclamarse campeón en la competición deportiva.

Visto todo lo anterior podemos definir qué es lo que Simon entiende por “competición deportiva” desde su propuesta de “ética de la competición”. La Ética de la competición entiende que la competición deportiva es un esfuerzo cooperativo por parte de los participantes que los ayuda a generar una mejora en el desafío, compitiendo codo con codo con el oponente y sacando conjuntamente lo mejor de sus habilidades físicas y mentales, además de motivarlos para seguir teniendo este tipo de comportamiento en el futuro. Se entiende que el principal objetivo de la competición es que todos sus participantes busquen recíprocamente la excelencia moral en el deporte y los bienes internos en él. Preocupándose por cumplir con las reglas del deporte y respetando la igualdad de trato y oportunidades en proclamarse campeón del encuentro, sin que el hecho de obtener la victoria sea lo más importante en la competición. Esto no solo nos ayuda a vencer los problemas anteriores y el “espíritu de egoísmo”, sino también nos ayuda a evitar caer en el error de que desde esta propuesta en el fondo se está haciendo una defensa encubierta del ideal no competitivo de autodesarrollo, pues se entiende que el crecimiento principal en el deporte no tiene por qué ser el autodesarrollo, sino el trabajo en equipo.

Ganar, desde la perspectiva de la ética de la competición, no es necesariamente un signo de éxito competitivo, y perder no es muestra de un fracaso, donde el dinero no compra el éxito como sostiene Julian Savulescu³⁸, sino que este se adquiere a través de nuestras fuerzas humanas. Ganar no lo es todo, pero sigue siendo algo, pues el aspecto competitivo todavía permanece presente en su propuesta. La clave reside en los entrenadores que tienen que saber equilibrar en sus entrenamientos, mostrando dónde debe residir el verdadero énfasis, pues los mismos efectos nocivos puede tener el exceso de énfasis en lograr la victoria como en la falta de motivación por obtenerla. A pesar de

³⁷ R. Dworkin, *Ética privada e igualitarismo político*, Paidós-UAB, Barcelona, 1993; R. Dworkin, “What Is Equality?, Part 4 Political Equality”, *University of San Francisco Law Review* 22, 1987.

³⁸ J. Savulescu, ¿Decisiones peligrosas? Una bioética desafiante, Tecnos, Madrid, 2012, p. 118.



todo, creo que Simon está olvidando que la clave también reside en los participantes que se están formando, en que ellos sepan comprometerse a cumplir con todo lo que les enseña el entrenador.

Ahora bien, la propuesta de Simon le lleva a concluir que, si partimos de esta visión ética de la competición, la competición se convierte en un valor intrínseco en deporte, es decir, en un valor en sí que vale por sí mismo, con independencia de su utilidad, como también había sostenido Fraleigh.

3. ÉTICA DEL DEPORTE Y VALORES MORALES INTERNOS EN EL DEPORTE

Simon, además de entender la competición deportiva como un valor intrínseco, entiende que existen unos valores internos a la práctica deportiva, sin los cuales no podría entenderse la práctica de los deportes y que forman el núcleo de una moral interna. Estos valores internos son la dedicación, la disciplina, el compromiso por el cultivo de la excelencia, la integridad y el respeto por el juego limpio. Sin ellos la práctica deportiva carecería de sentido, por lo que es imprescindible que todo participante en el deporte los conozca y los cultive³⁹.

Para Simon, se trata de valores atractivos, defendibles y que están relacionados con otros importantes principios que son fundamentales en la práctica deportiva, como es el respeto por los competidores, que no son obstáculos sino piezas imprescindibles o *facilitadores*⁴⁰, de los que podemos aprender para mejorar nuestras habilidades físicas y mentales. Es necesario aceptar que estamos unidos a nuestros oponentes por el vínculo de la camaradería y que cooperamos con ellos en la búsqueda recíproca de la excelencia moral, lo que nos ayudará a seguir motivados a jugar limpio en futuros encuentros deportivos⁴¹. Entendiendo que someter la práctica deportiva al cultivo de la excelencia puede estimular el desafío físico y mental que conlleva el deporte⁴².

Simon matiza que dichos valores, en la medida en que surgen del carácter básico del propio deporte, no deben confundirse con meras reflexiones o especulaciones de valores sociales más amplios. Se trata más bien de un terreno independiente dentro de la práctica deportiva que está por encima de los valores imperantes en la sociedad, que

³⁹ R. L. Simon, "Internalism and Internal Values in Sport"..., p. 44.

⁴⁰ W. P. Fraleigh, *Right Actions in Sport*, Human Kinetics Publishers, Champaign, 1984, p. 87.

⁴¹ R. L. Simon, *Fair Play: The Ethics in Sport...*, p. 203.

⁴² El psicólogo del deporte Pablo Jodra define el deporte como "toda tarea que requiere una actividad física y mental llevada a cabo para conseguir un propósito determinado". En el caso de Simon se entiende como el cultivo de la excelencia moral fomentando el trabajo cooperativo, el respeto a las reglas y la equidad en los encuentros. P. Jodra, *Psicología aplicada al deporte*, Pentathlon, Madrid, 1992, p. 9.



guardan su independencia pudiendo incluso llegar a entrar en conflicto con los valores imperantes en la sociedad, por muy fuertes que estos sean⁴³.

Llegados a este momento, cabe aclarar si la propuesta de Ética de la competición es una manifestación de una ética material de los valores o una ética de bienes. O sea: de todos es bien conocido que la denominada ética material de los valores, que fue iniciada por el filósofo Max Scheler, no cae en el reduccionismo debido a que, pese a considerar arrumbadas las éticas materiales de bienes, no cae necesariamente en el formalismo que le lleve a defender su especificidad en el mundo moral⁴⁴. La posición de Simon quiere alejarse del reduccionismo moral en deporte, abogando por la existencia de unos valores internos a la práctica deportiva que son independientes de los valores morales imperantes en el seno de las sociedades y que, por tanto, gozan de cierta objetividad e independencia y puede ser cognoscible por todos aquellos participantes que practiquen deporte.

Las propuestas de Ética material de los valores entienden que los valores son cualidades dotadas de contenido, cognoscibles a priori por los aspectos emocionales de la mente, independientes de las cosas y relaciones, siendo además los portadores de los bienes, combinando a la vez la dimensión subjetiva con la objetiva⁴⁵. Parece que Simon se aproxima a la propuesta de Ética material de los valores al considerar los valores internos a la práctica deportiva como independientes y objetivos, además de cognoscibles por todos aquellos que participan en un deporte.

Sin embargo, pienso que no debe confundirse la propuesta de Ética de la competición de Simon, asentada en estos valores morales internos en el deporte, con una ética material de valores. Esto se debe a que en la propuesta de Simon tiene una importancia capital la noción de práctica deportiva que creo toma de MacIntyre, pues se considera que la práctica deportiva debe caracterizarse por la cooperación entre todos los participantes, buscando recíprocamente la excelencia moral y respetando las reglas constitutivas del deporte. Además, para el autor de *After virtue* en cada práctica existen unos bienes internos sin los cuales la práctica en cuestión carecería de sentido y que todos los que participan en dichas prácticas conocen a conciencia. Salvo que los términos son diferentes, pues MacIntyre habla de *bienes* y Simon de *valores internos* (*internal values*). Lo cierto es que la estructura es paralela entre ambos con lo que sostengo que cuando Simon está hablando de valores internos en realidad se está refiriendo a los bienes internos a la práctica deportiva.

En efecto, señala MacIntyre que dichos bienes internos a la práctica lo son por dos razones, la primera es que se encuentran internos en cualquier tipo de prácticas, como

⁴³ R. L. Simon, *Fair Play: The Ethics in Sport...*, p. 203.

⁴⁴ A. Cortina, *Ética sin moral...*, pp. 53 y ss.

⁴⁵ *Ibid.*, 54.



puedan ser el fútbol o el ajedrez, y la segunda porque solo pueden identificarse y reconocerse participando en este tipo de práctica, desde dentro, no desde fuera⁴⁶.

Para Simon, en la práctica deportiva existen unos bienes externos tales como la salud, la diversión, la fama y la riqueza. Junto a estos existen otros bienes internos que no pueden entenderse con independencia de dicha práctica, como muestra el ejemplo del *home run*, que es ininteligible fuera de la práctica y de las normas del béisbol⁴⁷, o la elegancia que puede tener una combinación ganadora en ajedrez, que sería incomprensible sino se tiene conocimiento de las reglas y la estrategia que caracteriza el ajedrez⁴⁸.

Otro indicio que demuestra la cercanía de la propuesta de Simon con la filosofía de MacIntyre es el peso que se da al cumplimiento de las reglas del deporte. MacIntyre sostiene que además de la búsqueda cooperativa de la excelencia y de los bienes internos a la práctica, es necesaria la observancia a reglas⁴⁹. En el caso de la propuesta de ética de la competición de Simon, además de la búsqueda recíproca de la excelencia, del conocimiento de los valores morales internos a la práctica y de competir en condiciones de igualdad, se hace imprescindible el cumplimiento de las reglas constitutivas, sin las que no es posible competir dentro de los límites de lo éticamente aceptado. Todo ello vendría a poner de relieve que la propuesta de Ética de la competición de Simon se aproxima más a MacIntyre que a la ética material de los valores, pese a la afinidad que podemos encontrar aparentemente con esta última.

No conviene olvidar que uno de los aspectos más problemáticos que se ofrecen a todos aquellos que quieran estudiar las obras de los éticos del deporte norteamericanos es que se trata en la mayoría de los casos de un grupo de pensadores eclécticos que reciben muchas influencias y que no citan de qué fuentes aplican dichas influencias en su exposición. Con todo también cabe recordar que muchos de estos éticos del deporte, además de ser eclécticos, se suman a un grupo de teóricos cansados del deontologismo imperante en buena parte de las propuestas de éticas del deporte en el momento que se reducían a meros códigos éticos de conducta en el ámbito deportivo.

Pero si queremos defender una propuesta seria de ética del deporte, tenemos que evitar caer en postura ecléctica pues, como señala Cortina, el paso de la Moral a la Ética, en nuestro caso aplicada al deporte, no debe entenderse como el tránsito de una moral determinada a un eclecticismo, es decir, a una amalgama de modelos antropológicos o a un listado de normas y virtudes variopinto, que cogemos de una u otra tradición filoso-

⁴⁶ A. MacIntyre, *After Virtue...*, p. 176.

⁴⁷ En términos del béisbol el *home run* se da cuando el bateador hace contacto con la pelota de una manera que le permite recorrer las bases y anotar una carrera, en la misma jugada, sin que se registre ningún otro error de la defensa.

⁴⁸ R. L. Simon, *Fair Play: The Ethics in Sport...*, pp. 179 y ss.

⁴⁹ A. MacIntyre, *After Virtue...*, p. 177.



fía indistintamente. Todo lo contrario, dicho tránsito afecta al nivel reflexivo, en donde dicha reflexión dirige la acción de modo inmediato a una reflexión de modo mediato, ya que solo de forma mediatas puede dirigir el obrar, debido a que la ética como teoría filosófica de la acción tiene una tarea específica que cumplir y que afecta al hombre, en nuestro caso a los participantes en una competición deportiva. Por esta razón creo, junto con Cortina, que la ética a diferencia de la moral debe ocuparse de la moral en su especificidad sin limitarse a una moral determinada dando razón filosófica de la moral, justificando heroicamente por qué hay moral y debe haberla⁵⁰.

Uno de los principales problemas que encuentra Simon en el deporte estadounidense contemporáneo es que en la mayoría de ocasiones los participantes está más preocupados por ganar el encuentro y obtener todos los beneficios económicos que ello implica, antes de cultivar los valores (bienes) morales internos a la práctica que están realizando. Desde su Ética de la competición, que se basa en la búsqueda recíproca de la excelencia y donde se combinan valores morales internos a la práctica, junto al respeto de las reglas constitutivas y el trato equitativo entre los participantes, remediarían en buena medida este tipo de problemas que amenazan la buena compendia deportiva que es la que se basa en la excelencia moral no en ganar.

CONCLUSIÓN

La propuesta de Internalismo ético en deporte que aparece en la “Ética de la competición deportiva” que lleva cabo Robert. L. Simon y de donde podemos extraer las siguientes aportaciones y limitaciones.

Respecto a las aportaciones, considero positivo la vinculación que hace Simon a un estudio sociológico del deporte que le ayuda a cribar las influencias del reduccionismo social o “sociologismo”, como el marxista. Simon desestima esta visión argumentando a favor que la práctica deportiva posee sus propios valores morales internos a asta y que en ocasiones contradicen los valores imperantes en la sociedad.

Desde su enfoque de la ética de la competición creo importante desvincular la ética aplicada al deporte a los “juegos de suma cero”, junto a la idea de ver que la finalidad ética del deporte es el autodesarrollo del participante. De aquí se sigue la importante consecuencia de que ganar en deporte no es un signo de éxito competitivo y perder no es muestra de fracaso. No buscando recompensas extrínsecas que le benefician a él, solo si perjudican a su contrincante. Desde la Ética de la competición deportiva se crea un

⁵⁰ A. Cortina, *Ética sin moral...*, pp. 30-31.



clímax donde ambas partes, con independencia de haber ganado o perdido, salen beneficiadas. Se trata de una retroalimentación entre ambos que produce que todo aquel que compite quiera seguir haciéndolo, buscando un comportamiento excelente, o lo que viene a ser lo mismo, ético.

Respecto a las limitaciones de la propuesta de Simon encuentro algunas que no puedo obviar. En primer lugar, su postura con relación a las consecuencias, buenas o malas, de la práctica deportiva. Me parece que no podemos desestimar las consecuencias de nuestra acción en el deporte si es que queremos ser responsables en este tipo de práctica. En efecto, no solo debemos buscar la excelencia moral, sino ser consecuentes cargando con las consecuencias de nuestras acciones para asumir nuestra responsabilidad. Creo que Simon solo tiene en cuenta las consecuencias negativas, olvidando las positivas, que sí pueden ayudarnos a ser responsables en nuestra práctica.

En segundo lugar, de nuevo encuentro en la obra de Simon una falta de profundidad en torno al papel de los bienes extrínsecos a la práctica que, lejos de considerarse negativos, pueden contribuir de manera positiva en el deporte, siempre que se los vea como medios y no como fines de este tipo de práctica. De nuevo echo en falta en su aportación la reflexión en torno a la relación fines-medios, imprescindible en cualquier propuesta ética de influencia aristotélica o neo-aristotélica, como ocurre en el caso de Simon, donde la influencia de MacIntyre es evidente. Determinar qué papel deben ocupar los bienes extrínsecos en la práctica del deporte es clave para abordar el importante tema de la comercialización del deporte moderno.

Para empezar debemos tener en cuenta qué entendemos por Ética. En efecto, como dice Cortina, entiendo que la Ética, a diferencia de la Moral, tiene que ocuparse de lo moral en su especificidad, sin limitarse a una moral determinada. Por este motivo, el objeto de la ética debe recaer en la forma, no en el contenido⁵¹. En acoger el mundo moral en su especificidad, en nuestro caso aplicado a la especificidad de la competición deportiva, para dar de forma reflexiva razón de él⁵².

Consecuentemente, si admitimos la necesidad de una ética, hay que pedir también su justificación⁵³. La Ética aplicada al deporte deberá partir de una fundamentación filosófica como la única posible, pues no olvidemos que la ética debe entenderse como “Filosofía Moral”. Para evitar la posible univocidad del término *fundamentación*, creo que sería oportuno seguir la propuesta de Apel, que distingue entre una Parte A y una Parte B de fundamentación de la moral, del todo pertinente con relación al deporte.

⁵¹ A. Cortina, *Ética mínima...*, p. 30.

⁵² *Ibíd.*, 32.

⁵³ J. Marías, *Tratado de lo mejor: La moral y las formas de la vida*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. 16.



La Parte A de fundamentación se referiría a la fundamentación del principio procedimental formal para la fundamentación discursiva de las normas que pretenden valer universalmente.

Pero se requiere de una Parte B de fundamentación que, como aclara Apel, es la propia de una ética de la responsabilidad. Esta Parte B de fundamentación enlaza la exigencia de fundamentación consensual de las normas con las relaciones fácticas que se dan en las situaciones concretas, en el sentido de una ética de la responsabilidad⁵⁴.

Pero no se trata de asumir solo la responsabilidad en solitario, sino en equipo, siendo corresponsales, ya que el deporte, en la mayoría de veces, se práctica en equipo, se trata de saber cooperar, de tener metas comunes, sin olvidar que es conveniente aprender a cooperar para vivir y vivir bien, también en deporte, pero no como una exigencia moral categórica, sino como un consejo de prudencia⁵⁵. Para llevar a cabo esta empresa, cada deportista deberá asumir un compromiso trascendental recíproco, en virtud del cual no solo reconoce la existencia de unas reglas, sino que se compromete a intentar cumplir lo establecido por ellas, haciendo que su comportamiento en deporte sea lo más cercano a lo que entendemos por éticamente aceptable.

Una Ética del deporte deberá tener en cuenta tanto el conocimiento de los fines como el de los medios del deporte, haciendo una clara distinción entre motivaciones intrínsecas y extrínsecas y fines intrínsecos y extrínsecos. Finalmente debemos situar la vida, cada vida, como el valor inherente de la práctica del deporte, donde prima la calidad, la búsqueda de la excelencia basada en la igualdad de oportunidades, en las habilidades físicas y mentales adquiridas. Se trata, en definitiva, de un ideal cualitativo antes que cuantitativo.

No obstante, este reconocimiento tiene que ser también cordial, desde nuestra facticidad, pues la razón experiencial siempre es más sensible hacia todo tipo de situaciones, como pueden ser los casos límite que surgen en el seno de la competición deportiva y que no pueden hacernos olvidar la importancia de la vida, de cada vida, de que lo importante no es ganar, sino haber competido bien. Se trata de buscar los bienes intrínsecos, desde motivaciones intrínsecas, considerando a tu oponente como igual a ti en la búsqueda de la victoria, pues “allí donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón”. Cualquier experiencia o vivencia debe entenderse como una filosofía práctica experiencial, pues primordialmente es ética, como bien dice Conill⁵⁶.

⁵⁴ K. O. Apel, “Die ethische Bedeutung des Sports in der Sicht einer universalistischen Diskursethik”, *Diskurs und Verantwortung*. Suhrkamp, Francfort del Meno, 1986.

⁵⁵ A. Cortina, *Neutoética y neuropolítica: Sugerencias para la educación moral*, Tecnos, Madrid, 2011, p. 126.

⁵⁶ J. Conill, *Ética hermenéutica*, Tecnos, Madrid, 2006, p. 283.



Pero además, creo importante que para entender estos contextos se cuente con la aportación de una ética hermenéutica crítica de la facticidad. Ello se debe a la pluralidad de contextos y situaciones problemáticas y límites que se producen en el transcurso de una competición deportiva y que hacen muy difícil el mero cumplimiento de las reglas constitutivas establecidas, requiriéndose del saber práctico de la *phrónesis* y del *phronimos*, como personificación del hombre prudente, es decir, de aquel que sabe qué hacer en cada situación en particular y que sabe cooperar con los demás, buscando siempre la excelencia moral. Como nos aclara Conill, el saber práctico de la *phrónesis* –tal y como acepta la posición de Gadamer después del “Seminario de Friburgo”– no depende del conocimiento de una normas objetivables, pues la propia *phrónesis* no es un conocimiento objetivador, ni instrumental, de ahí la importancia de defender un saber práctico entendido como razón experiencial, en nuestro caso de cada participante en deporte, que nos ayude a discernir –siempre desde un fondo normativo– un sentido del bien, pero en la situación concreta⁵⁷.

Solo así haremos realidad la vieja pero actual frase de Juvenal: “es de desear que en un cuerpo sano haya una mente sana”, pues creo que solo puede haber una mente sana en un cuerpo sano, tal y como desea Juvenal, si se cuenta con la aportación de la ética, de una ética aplicada al deporte que debe ser ya una realidad. Ha llegado la hora deportiva de la Ética.

⁵⁷ Ibid., p. 160.



